

Y del gañan tostado  
Las fecundas labores,  
Calmaban de mis penas los rigores,  
Y á veces, por la magia  
De tan hermosos cuadros trasportado,  
Se abría á la esperanza  
Mi corazón llagado,  
Y la de verte ¡oh Delia! un fausto día  
Mi pecho arrebatada de alegría.  
Mas ahora en mi asilo aprisionado,  
Herido de profundas aficciones,  
Y sin más distracción en mi desvelo  
Que la del pobre fuego con que templo  
La crueldad del hielo,  
¡Oh, cuál huyen de mí las ilusiones!  
Doquier torno la vista  
Sólo encuentro dolores,  
Y dentro de mí mismo  
Están por mi desgracia los mayores:  
Pues mi tirana lúgubre memoria,  
Me traía de continuo,  
Con tintes más que nunca tenebrosos,  
De mi infelice historia  
Los sucesos mortales,  
Y mi espíritu flaco y abatido  
Sucumbe bajo el peso de mis males.  
¿Adónde están ¡oh Delia! aquellos días,  
En que estrechado á tí con tierno lazo,  
Riberas del sereno Manzanáres,  
Te decía mi amor en mis cantares?  
En que á la fresca sombra descansando  
Del viejo tronco amigo,  
Que de nuestras primeras  
Dulces declaraciones fué testigo:  
Amarne eternamente me jurabas,  
Tus íntimos afectos me decías,  
Y á mi amoroso beso  
Con tu beso amoroso respondías,  
Adónde están, oh Delia, aquellos días?  
¡Qué placidos, qué alegres me lucieron!  
En tu amor embriagado,  
Fuera de tu belleza,  
Nada más codiciaba mi cuidado.  
Tú mi mente saciabas y sentidos.  
El campo solitario,  
Los pueblos bulliciosos  
Igualmente, gozados á tu lado,  
Eran al pecho mio deleitosos.  
De tí tan solo amante,  
Al resto de la tierra indiferente,  
Mecido en tu regazo placentero,  
Era para mí ¡oh Delia! el mundo entero.  
Una sola mirada  
De tus brillantes ojos  
Ahuyentaba de mí duelos y enojos.  
Al són melodioso  
De tu divino acento,  
Mi seno palpitaba de contento:  
Y gozoso, encantado,  
Imaginando eternos  
De la instable fortuna los favores,  
Veía el curso todo de mi vida  
Sembrado de placeres y de flores.  
¡Con qué gratas quimeras  
Mi espíritu nutrias amoroso,  
Cuando tú me lucías tiempo hermoso!  
Si de una cara madre, me decía,  
Sañuda me privó la parca impía,  
Los cielos á mi bien me han deparado,  
Que amable suplirá con sus cariños  
Y su ternura el maternal cuidado.  
Enlazado con ella  
En cadenas propicias,  
Mis días volarán entre delicias.  
Mío será su pecho, mía su alma,  
Así como es señora  
Deste pecho y desta alma que la adora.  
Comunes nos serán las penas graves  
Y los gozos suaves,  
Y, por una ventura reservada  
A los humanos seres,  
Sentiremos á medias los pesares,

Y gozaremos dobles los placeres.  
¡Oh vanos pensamientos!  
¿Qué ha sido de vosotros?  
De mis dichas ¿qué ha sido?  
Todo lo arrebataron recios vientos.  
Todo al perderse, Delia, lo he perdido.  
¡Ya no contemplaré tu faz divina!  
¡Ya no veré la frente donde rien  
Las castas gracias y el placer sereno!  
¡Ya no gozaré el sueño entre tus brazos  
Sobre el cisne mullido de tu seno!  
Inmenso espacio ahora nos separa.  
El Pirene, erizado  
De negros bosques, de fragosa sierra,  
Del país venturoso que te guarda  
A mi amorosa planta el paso cierra.  
Argos fatal, el implacable conono  
De la cima de la áspera montaña  
Me aterra con eterna cruda zaña;  
Y tal vez en el libro del destino  
Escrito tiene ya la parca dura,  
Que léjos de tus gracias,  
Y que léjos del polvo de mis padres,  
Me dé tierra extranjería sepultura.  
¡Léjos de mis mayores!  
¡Léjos del dueño mio!  
¿Y qué amiga ceniza  
Circundará la mia  
De negra tumba en el silencio frío?  
¿Qué mano cerrará mis muertos ojos?  
¿Quién me dirá los últimos adioses,  
Cuando al asilo umbrío  
Guie fúnebre pompa mis despojos?  
Muchas veces al día,  
Del seno, do los guarda mi ternura,  
Saco el caro marfil en donde el arte,  
La imagen imprimió de tu hermosura,  
Y la sutil madeja de cabello  
Con que está suspendido de mi cuello;  
Prendas que tú me diste, dolorida,  
En nuestra lastimera despedida,  
Cuando miro estas raras perfecciones,  
Que fueron el encanto de mi vida;  
Cuando estos ojos miro,  
Cuya brillante lumbre  
Era muerte de altivos corazones:  
Estos radiantes ojos do yo via  
En mi encendido anhelo  
Cerrarse, abrirse y sonreír el cielo;  
Y cuando estos cabellos contemplando  
El donaire recuerdo con que sueltos,  
Y en bucles mil flotando  
Por tu garganta hermosa  
El lirio realzaban y la rosa,  
Y despues considero  
Que de todo una sombra en estas prendas  
Me ha dejado tan sólo el hado fiero,  
Mil suspiros ardientes  
En mi angustiado pecho se atropellan.  
Mis labios, apegados  
Sobre estos dos objetos adorados,  
En ellos mi dolor y mi amor sellan,  
Y en lágrimas dolientes,  
De mis ojos cansados,  
Corren inagotables tristes fuentes.  
Así en amargas penas alternando  
Paso los negros días  
Sus sombras á la noche demandando:  
Sus sombras, pues tan sólo en sus horrores  
Hallan alguna tregua mis dolores,  
La tenebrosa noche destinada,  
Entristeciendo el cielo,  
A redoblar de un misero el desvelo,  
La noche con su carro pavoroso  
Y su lúgubre calma es mi consuelo,  
Y áun á veces en ella soy dichoso.  
De padecer rendido  
Mientras alumbrá el sol á los mortales,  
Suele, cuando la noche tiende el manto,  
Ceder, sin que lo advierta mi tristeza,  
A su debilidad naturaleza;  
Y encontrando el remedio de mal tanto

En su causa importuna,  
Me halla tal vez en brazos del reposo  
El carro silencioso de la luna.  
Entonces del país en donde moran  
Los engaños risueños,  
Descienden á mi alivio por momentos  
Mil alegres ensueños,  
Y con ala ligera  
Juegan en mi agitada cabecera.  
Os veo entonces placidos raudales  
De la feliz Iberia,  
Claro, nativo cielo,  
Florestas, bosques, campos burgaleses,  
Gloria del castellano patrio suelo.  
Os veo; de alegría  
El corazón deshecho,  
Vuelo al tranquilo techo  
Do vi la luz del día;  
Y ante él postrado, sumergido en llanto,  
Mil y mil veces beso el umbral santo.  
Os veo entonces, madrileños valles,  
Y á tí, limpio tranquilo Manzanáres;  
Y á tí te veo, á tí principalmente,  
Mas que nunca de encantos  
Y de constante fe resplandeciente,  
Beldad á quien adoro,  
Mi solo amor, mi lumbre, mi tesoro.  
Yo te veo, te toco, te oigo, te hablo.  
Mis brazos con tus brazos se encadenan;  
Mi cuello se une á tu nevado cuello,  
Y mis labios aspiran  
El ámbar que los tuyos  
Entre nácar y púrpura respiran.  
¡Quién puede referir las castas dichas  
Que amor prodiga y que la noche encubre!

¡Oh placeres! ¡Oh amor! ¡Oh caro dueño!  
¿Por qué toda mi vida no es un sueño?  
¿Mas tú, Delia, te acuerdas de tu amante?  
¿Te cuesta algunas lágrimas su ausencia?  
¿Cuál es el bosque umbroso,  
¿Cuál es la soledad que los suspiros  
Recoge de tu pecho congojoso?  
¡Ah, cuántos seductores  
Cercarán tu beldad: qué de asechanzas,  
Péridos, tenderán á tus amores!  
¡Cuántos en su despecho  
Vencer intentarán tu virtud pura,  
Pintando desleal mi firme pecho!  
¡Crüeles, áun quereis arrebatarme  
El solo bien que entre desgracias tantas,  
Le plugo á la fortuna conservarme!  
¡Oh Delia! miéntras tanto que palpita  
Mi corazón amante  
Dentro del seno mio,  
Por tí serán mi amor y mis desvelos.  
Tú sola reinarás en mi albedrío,  
Tu mirada primera  
Decidió del destino de mi vida,  
Y si la ingrata suerte  
No me concede verte,  
Sino cuando la edad encanecida  
Haya mi frente trémula nevado;  
Y cuando al abrazarte,  
Débil tiemble mi brazo desecado,  
Aun verás en mis ansias,  
Aun sentirás en las caricias mías,  
La que en mi pecho ardía dulce hoguera,  
En los floridos días  
De mi fausta y brillante primavera.

## DON JOSÉ MUSSO Y VALIENTE.

### NOTICIA BIOGRÁFICA.

DEL ILMO. SR. DON FERMIN DE LA PUENTE Y APEZECHEA.

Nació DON JOSÉ MUSSO Y VALIENTE en Lorca, provincia de Murcia, á 25 de Diciembre de 1785. Fueron sus padres los señores don José María Musso y Alburquerque y doña Joaquina Pérez Valiente y Brost, hija de los Condes de Casa-Valiente. Educóse en Madrid, en clase de interno, en el Seminario de Escuelas Pías de San Fernando de Lavapiés, y despues, puesto bajo la dirección del padre Chevalier, clérigo de la emigración francesa, estudió la filosofía en San Isidro, y matemáticas en la Real Academia de San Fernando. Trasladado á Lorca, á poco estalló la guerra de la Independencia, en la cual, abrazando la causa de la patria, fué individuo de la Junta de Murcia cuando apenas contaba veinticinco años. Por entonces contrajo matrimonio con la señora doña María de la Concepción Fontes y Reguera, de singular virtud y belleza.

Profesando las ideas liberales desde su aparición en España, obtuvo, en 1822, el primer premio de elocuencia, propuesto por la Real Academia Española, cuyo asunto fué un discurso gatulatorio á Fernando VII por haber jurado la Constitución; mas, distinguiéndose por la templanza de sus opiniones, fué jefe del partido moderado en Lorca, y sufriendo el embate de las contrarias, hubo de emigrar á Gibraltar, en 1822. Restituido á su patria, y fijando su residencia en Madrid, se dedicó exclusivamente á las tareas literarias, ingresando sucesivamente en las Reales Academias Española, de la Historia, Greco-Latina, y de Ciencias Naturales. Obtuvo premio en público concurso por el estudio de la botánica, y escribió la descripción y precio de los cuadros para el catálogo del Museo.—En 1833 fué nombrado por el Ministro don Javier de Burgos Subdelegado de Fomento de la provincia de Murcia, cuyo gobierno ejerció hasta que en 1834 fué

trasladado al de Sevilla. Allí se negó con lealtad y noble entereza á formar parte de la Junta que en 1835 se creó contra el Gobierno central. Vuelto á la corte y á sus tareas literarias, en ellas perseveró, siendo una de las lumbreras de sus Academias, hasta que en 31 de Julio de 1838 espiró en brazos de sus hijos y de sus mejores amigos. Dotado de vasta instrucción, exquisito gusto é infatigable laboriosidad, buen padre y buen patricio, sobresalió Musso, no ménos por la pureza de su fe, por la rectitud de sus ideas y por su vida ejemplar.

## POESÍAS.

A LOS ESPAÑOLES,  
EN SUS DISCORDIAS CIVILES.

(1823.)

¿Qué insólito furor en vuestras venas  
Arde, españoles, hoy? Aun humeante  
En sangre ajena y vuestra la campaña,  
Ya os enardece rabia devorante  
Las fieras almas de piedad ajenas.  
¡Y el campo en sangre baña,  
Vuelta contra vosotros vuestra sañal  
¿Dó vais?... ¿dó vais, frenéticos y airados?  
¡Proclamais libertad y dais la muerte!  
¡Oh dura, infanda suerte!  
De furias infernales agitados,  
Volveis en torno centellantes ojos,  
Haciendo muestra del puñal sangriento,  
¡Sólo se escucha fúnebre lamento,  
Sólo se miran pálidos despojos!  
¿Dó os precipitan ya vuestros enojos?  
¡Hispano á hispano! ¡oh crimen!... ¡oh miseria!...  
¡Hermano á hermano!... ¡oh despiadada Iberia!  
Ajena de consejo generoso,  
Presto el brazo sacudes enemigo,  
Y á tus piés yace todo derribado;  
El amigo demándate el amigo,  
La esposa dulce el malogrado esposo;  
Mas tú, moviendo el pié desatentado,  
Los oídos cerraste empedernida,  
Y con feroz sonrisa respondiste  
A su gemido triste.  
Mientras, el claro varón cayó sin vida;  
Al rozagante jóven marchitaste;  
Robaste el brío al inclito guerrero,  
Y á los sabios la lengua;  
¡Oh ceguedad! ¡oh vilipendio! ¡oh mengua!...  
¿Dó tus glorias están? ¿Dó tu corona?  
¡Vano clamor!... ¡el cielo te abandona!  
Cubre, nuncia de ira poderosa,  
De Gádes á Pirene espesa niebla;  
Horrisono fragor el alma en hielo  
Torna, y súbito rasga la tiniebla  
Llama fugaz; con furia estrepitosa  
Cárdenas alza el mar ondas al cielo;  
Hendiendo el aire vago en presto vuelo,  
Lanza el infierno funeraria tea;  
Con amarilla faz y ensangrentada,  
Tiende la mano osada  
Contra tí, Hesperia; y llama á la pelea,  
Y acuden á su voz monstruos horribles...  
¿Adónde están tus hijos invencibles?  
Voces de herida! ¡matad! el labio suelta;  
Vibra el hierro sediento,  
Buscando ansioso en quien sus iras cebe;  
Muertes escupe el hélico tormento,  
Y á tierra viene, en polvo y humo envuelta,  
La robusta ciudad, ceniza leve.  
No así, al mover Cartagines aleve  
Tenaz ariete contra tí, oh Sagunto,  
En la hoguera, que intrépida encendiste,  
Leál te consumiste;  
Que con tu fin lloró su escarnio junto.

No así cuando cansaste la arrogancia  
De Roma, oh gran Numancia,  
Uno vió y otro ejército deshecho,  
Domada, la del mundo domadora,  
Por muro opuesto tu esforzado pecho...  
¿Cómo tan alto honor hoy calla mudo?  
¿De vos un pueblo igual nacer no pudo?  
¡Oh de antigua virtud triste memoria!  
¡Oh ilustre sangre en vano derramada!  
¿Por qué la angusta sien mostraste ornada,  
Oh excelso fundador, de nueva gloria?  
¿Por qué, sobre el Ausonio derrocado  
Al brazo tuyo en su ruina armado,  
Noble Ataulfo, el trono godó alzaste?  
Cual otro sol de Hesperia resplandeces,  
Si lo no mereces  
Mayor, oh Recaredo, que doblaste  
A Jehová en culto cierto la rodilla.  
¡Oh tú, por quien, depuesto el caño torvo,  
La gótica nación leyes recibe,  
Y á mover el arado se apercebe  
La diestra, que vibraba el arco corvol  
¡Oh tú, que los pendones de Castilla  
Tremolas en la espléndida Sevilla,  
A dó tus pasos victoriosos lleva  
Dios, que á su seno desde allí te eleva!

Virtud preciada esta región dichosa  
Con argentada luz vivificaba,  
Y de sus labios con la voz suave  
Los corazones fuertes alentaba;  
El alma te aclamaba congojosa,  
Rendido el sufrimiento al peso grave,  
Porque el rigor de inquieto afán acaba.  
Luego, postrada ya la media luna,  
Escalar presto la sublime esfera  
Vuestra ambición quisiera,  
Y robar el timón á la fortuna,  
No el dique, por el dedo omnipotente  
A la soberbia puesto de los mares,  
Frenos bastó á poner al pensamiento,  
Desafiar del húmedo elemento  
Osáis en quilla frágil los azares;  
Do sus rayos sepulta el sol inciente,  
Tierra buscais por otro floreciente;  
Y quebrando sus puertas eternas,  
Hollásteis de otros orbes los umbrales.  
Monarcas, de vosotros ignorados,  
Vieron sobre sus cuellos la cadena,  
Que del cielo enviados,  
Pusieron allí vuestros soldados,  
¿Qué pueblo no lloró su fin presente,  
Si vuestra fuerza le amagó inclemente?  
¿Qué trono estuvo en pié? ¿Ni cuál escudo  
Pudo bastar á vuestro empuje rudo?  
Oprobio ahora, escarnio de naciones,  
¿Cómo, cogido ignominiosa afrenta  
Habeis, en la carrera, por laureles?  
No Iberia agravios reparar intenta,  
Sino empañar sus timbres y blasones,  
De odio mutuo sus hijos beben hieles,  
Al rencor inhumano sólo fieles,  
¡No hay fe, no hay más amor! ¡Lejos ya vuelva  
La justicia, y la paz el rostro esconde;

Mas al clamor responde  
La discordia, y sus términos asuela.  
¡Ved cuál yace de España la grandeza!  
¡Ved cuál por vos la patria resplandece!  
Es ésta vuestra ingénita braveza,  
Y el santo fuego que la mente inflama,  
Y gloria y dicha perennal derrama?  
¡Oh cielo! ¡oh Dios! Al descubrir apenas  
Su lumbrera en un abismo la esperanza,  
¿Salteadora venganza  
A que los suma en otro los condenas?  
Cual nómida león, á quien dormido  
Astuto cazador con hierro oprime,  
Despierto ya, revuelve la guedeja,  
Iracundo avalanzase, forceja,  
Y el lazo desatar, que le reprime,  
Queriendo en vano, atronador rugido  
Despide, y cae, de su furia herido;  
Tal la que vuestros ánimos enciende,  
¡Mientras más la agitáis, más os ofende!  
¡Tenedla, suspended el loco intento!...  
¡Desventurado error! ¡Miseria España!  
Sombra, que aun no tocada ya es perdida,  
Adorais... ¿Qué ilusión así os engaña?  
¿O qué mentido bien finge el acento?  
¿Fué nunca el frenesí quietud cumplida?  
¿La cárcel libertad? ¿La muerte vida?  
Blandiendo la cuchilla, las dulzuras  
Quereis gozar, que niega suerte avara  
Al delito, y depara  
Al que levanta al cielo manos puras.  
¡Nunca Pelayo el ánimo encendiera  
Al Astur! ¡El alfanje sarraceno  
Nunca envainara el vencedor tirano!  
¡Oh!... ¡Preso siempre el cuello del cristiano  
Al yugo musulmán, del Agareno  
La aborrecida ley triunfado hubiera!  
El Godo á impulso bárbaro muriera;  
Mas sus nietos la hazaña no borrrán.  
¿Quién á ruina tal tendrá su llanto?  
Escándalo seréis á las edades,  
Y vendrán de entre bárbaras regiones  
Diciendo: «¿Qué se hicieron las ciudades?  
¿Dónde está el trono que se alzaba tanto?  
¿Dónde páran los fuertes campeones?»—  
Mas oirán repetir lígubres sonos:  
«A España fin los españoles dieron.»  
Unióse el deshonor á la perfidia,  
Hija de seca envidia,  
Y maldades sin número nacieron.  
Siglo en culpas fecundo trajo el nuestro,  
Harto de sangre y oro; el albedrío  
Rindió el guerrero en tálamo manchado  
A bellezas inmundas desbocado;  
De iniquidades caudaloso río  
Arrebata el denuedo, apaga el estro.  
En vano en són siniestro  
Invoca, libertad, tu poderío  
Gente dura al honor, al vicio blanda...  
¡No hay libertad de la virtud no manda!

## EL TRIUNFO DE JESUS.

¡Alégrate, Sion! Éste es el día  
De paz y de contento;  
¡Torne, torne á tu pecho la alegría!  
¡Cese el triste lamento!  
El cilicio depon, alza del suelo;  
Unge la faz brillante;  
Mueve la voz; ¡la suya eleve al cielo  
La cítara sonante!  
¡A tí viene tu Rey! Del tenebroso  
Abismo se levanta;  
Venció al dragon; aclámale glorioso;  
Nuevo loor le canta.  
¡Hosana al vencedor! Al que fué hecho  
Señor de las naciones;  
¡Cayó, cayó el soberbio ya deshecho!  
Rotos vió sus pendones.  
Humille el mundo la ceñuda frente;  
Suba, ensálcese el valle;

Mane aguzas vivas de Sion la fuente,  
Que á sedientos acalle.  
Florece vária, y gózase la tierra;  
Huye el mar, y se asombra  
Cuando en Oriente fulgido destierra  
El sol la pardo sombra.  
¿Quién es el que á las huestes confundidas  
Derribó con su aliento?  
Y ¿quién sobre sus tiendas abatidas  
Colocó el alto asiento?  
Dejó el trono, y los cielos se inclinaron  
Bajo su pié divino,  
Y cual hoja flexible se arrollaron  
Cuando á su pueblo vino.  
A salvar á Israel el brazo extiende,  
Que armó de saña ó ira;  
Al lago profundísimo descendiendo,  
Y de allí le retira.  
Sobre El en vano con bramido horrendo  
La boca abrió furiosa;  
La devorada presa dió gimiendo  
La muerte pavorosa.  
¡Sal, hija de Sion! Ya resplandece  
En tu alcázar su lumbrera;  
Ante ella, de los astros se oscurece  
La inmensa muchedumbre.  
Sobre el alado trueno cabalgando  
El universo agita,  
Y el flamígero rayo disparando,  
Al impio precipita.  
No poder basta, no furor altivo  
A resistir alcanza;  
¿Quién á probar se atreve del Dios vivo  
La terrible venganza?  
¡Ojalá á mi clamor pio respondas,  
Y paz al alma digas,  
Y de la muerte en la mansion me escondas,  
Mientras al orbe castigas!  
A tu rigor mi vida desatada,  
El polvo vil la herede;  
Hasta que entre ruinas desquiciada,  
La esfera ante Tí ruende.  
Dulce sueño durmiendo, del olvido  
En la cárcel estrecha,  
Tu voz entonces herirá mi oído  
Cual penetrante flecha.  
Y volaré, y veré la refulgente  
Luz, que tu solio viste,  
Y el alma coro oiré que reverente  
En torno tuyo asiste.  
Reina en tu pueblo; solo Tú domina  
Del uno al otro polo;  
Sé siempre, ¡oh Dios! con hostia de tí dina  
Adorado Tú solo!

## SONETOS.

I.

Elfrida, reina de Inglaterra (1).

No en amor, sino en iras encendida  
Y de furor nublada la alba frente,  
Tributo humilde rinde al Rey potente,

(1) Elfrida, reina de Inglaterra, segunda esposa del rey Edgar. Dotada de incomparable belleza, llegó su fama á oídos del Rey, el cual envió á su favorito Ethelvoldo á que se cerciorase de si ésta era cierta, y la pidiese á su padre. Enamorado de ella Ethelvoldo, la pidió y obtuvo para sí; mas no faltó quien lo descubriese al Rey, que dijo á su ministro que queria dispensarle la honra de visitar á su mujer.

El añigido esposo reveló á ésta todo lo sucedido, suplicándole ocultase su belleza á los ojos del Monarca; mas Elfrida, indignada de que aquella supercheria le hubiese arrebatado la corona, desplegó todos sus encantos á la vista del Rey, el cual se prendió de ella, y habiendo asesinado á Ethelvoldo, le dió su mano (\*). (Nota del Autor.)

(\*) Esta dramática leyenda ha servido de asunto á un poema trágico, con coros, á la manera de los antiguos, del poeta inglés del siglo XVIII, Guillermo Mason. (Nota del Colector.)

Fingiendo obsequio su rencor, Elfrida;  
De su fatal belleza envanecida,  
De la corona el rapto no consiente,  
Y olvida al amador, que en llanto ardiente  
Envuelta el alma le entregó rendida.  
De la rabia que el pecho le devora  
Ministra impía, á su ambicion insana  
Trono crüento dió mano traidora.  
¡Oh de infame hermosura gloria vana!  
Con sangre compra, del que fiel la adora,  
Odio del mundo y nombre de tirana.

## II.

A Letizia Cortesi, en la ópera *Zelmira*.

Alza osado el puñal ministro de ira,  
Y la audacia Antenor muda en despecho,  
Mientras suena el aplauso al alto hecho  
Con que defensa al padre fué Zelmira.  
Elisa parte, lánguida suspira,  
Y con gemido el corazon deshecho,  
Lanza lloroso adios, y rinde el pecho  
Del opresor, que ya piedad respira.  
Mas cuando usurpa tu cantar divino  
De ambas, Letizia, el nombre, ¡á quién no mueve  
A repetir suspenso tus loores?  
Así fué de tu voz alto destino  
Que vencidas las almas siempre lleve,  
Ya fiera mandes, ya abatida llores.

## III.

A su esposa, la señora doña María de la Concepcion Fontes, con ocasion de haberse cubierto el rostro con la mantilla al divisarle.

No corras, no, con tímido recelo  
Sobre la del amor lumbre divina,  
Por hurtarla á mis ojos, la cortina,  
Con nubes escondiéndome ese cielo.  
En vano la ocultó cándido velo,

## DON FÉLIX MARÍA HIDALGO.

## NOTICIA BIOGRÁFICA.

Nació en San Fernando, por los años de 1790. Estudió en la universidad de Sevilla filosofía y jurisprudencia, y humanidades con Lista, Blanco y Reinoso. Fué nombrado Catedrático interino de Literatura en la misma universidad, en 1822; en el propio año Alcalde constitucional de Sevilla, y en 1823 Juez interino de primera instancia de Cádiz. En 1834 obtuvo la plaza de secretario del Gobierno civil de la provincia de Huelva. Murió en 1835.

Su obra más conocida es la traduccion de las *Églogas de Virgilio*, la cual, segun opinion de doctos críticos, es acaso la más perfecta que de estas églogas se ha hecho en versos castellanos. Fué publicada en Sevilla (imprensa de H. Dávila, Llera y compañía, 1829), con ilustraciones extensas y curiosas notas, llenas de erudicion y sano criterio.

J. F.-E.

Si el corazon solícito adivina  
Y va á coger la rosa peregrina,  
Pasando el muro con osado vuelo.  
¡Deja, mi bien, que al verla se enajene  
Quien á solas gozándola suspira,  
Porque su ardiente sed no alivio tiene!  
¡Ablanda el pecho; ve que se retira  
La juventud, y helada vejez viene.....  
Y ya que no el amor, el tiempo espira!

## LA CIERVA HERIDA.

Con la roja sangre tiñendo  
La menuda hierba,  
Desalada al bosque va huyendo  
Mal herida cierva.

Rompe el seno la flecha dura;  
Cobrar quiere aliento;  
Con cansado esfuerzo procura  
Dar la voz al viento.

¡Y al salir, quedándose helada,  
Voz y aliento pierde!  
Se derriba al fin desangrada  
En la alfombra verde.

Y la faz levanta llorosa,  
Y hácia el cielo mira,  
Y la noche al ver tenebrosa  
Doliente suspira.

Ya la frente lánguida abate;  
De su dura suerte  
Ya vencida, acaba el combate  
La tirana muerte.....

Do gozarse un tiempo solia  
Entre tanto brama,  
Y á la madre, que ya no le oia,  
El cervato llama!

## POESÍAS.

## ODAS.

## I.

La España restaurada por la victoria de Bailen (1).

¡Qué furioso escuadron se precipita  
De la escarpada cumbre de Pirene  
Sobre la gran Hesperia, que olvidada  
Yacia en paz amada?  
¡Es el Romano fuerte y aguerrido,  
Invicto domador de las naciones,  
Que con altivo brazo belicoso  
El yugo ponderoso  
Impone al cuello de soberbios reyes?  
¡Es el Vándalo fiero, que vibrando  
En la fornida diestra el asta fuerte,  
Entre orfandad y muerte  
Del antiguo Jafet la porcion bella  
Envuelve atroz, y en nube tenebrosa  
El genio oscureciendo,  
La tártara ignorancia va esparciendo?  
Cual hórrida tormenta que engendrada  
Allá en el seno del helado Arturo  
Del Aquilon y Bóreas en los brazos  
Vuela, y en mil pedazos  
Ardiendo en fuego cárdeno se rompe  
Sobre el campo de espigas, que alma Céres  
Pródiga diera al Labrador paciente;  
El, con sudosa frente  
Cultivando la tierra, esperó el premio  
De su rústico afán; mas ¡ay! el hado  
Le roba su esperanza y su alegría;  
Mira la nube impia  
Talar el campo fértil y opulento,  
Ya en tostadas pavesas convertido;  
Do quier lleva los ojos,  
De la enemiga llama ve despojos.  
Tal orgulloso viene amenazando  
Ese fiero escuadron. Nobles Iberos,  
Volad; ¡ay! que, en sus fuerzas confiada,  
Política malvada  
Cubre con seductor cándido velo  
El dolo astuto y la ambicion furiosa.  
¡No veis, no veis la turba vocinglera  
Que con planta ligera  
Corre atrevida la engañada Europa,  
Desolacion sembrando, sangre y muerte,  
Desde el ameno Tajo al Istro undoso  
Y al Vistula selvoso?  
Ved las régias diademas desceñidas  
Con sacrilega mano. Los gemidos  
De la asolada tierra,  
¡No os moverán á la forzosa guerra?  
Mas ¡ay! necios se fian, y la turba  
De la alta sierra se desliza ufana,  
Y el seno de la Iberia va inundando,  
Sus victimas contando.  
Mirad, mirad cuán insolente y fiera  
La tresdoblada máscara se quita  
De su faz orgullosa é insultante  
El águila rapante.  
Sobre la ilustre prole de Pelayo  
¡Cuántos baldones lanza, cuánta muertel  
Ya, españoles, la patria consternada,  
Por la traicion violada,  
Pisa la margen del profundo abismo;  
Y entre dolor y confusion y espanto,  
Su libertad querida

(1) Esta oda fué publicada en Sevilla, el año de 1803.

III, Ps.-XVIII,

Llorais, vilmente á la maldad vendida.  
Como Trinacria en tenebrosa noche  
De ominosos relámpagos cargada,  
Tiembra aterrada, súbito gimiendo  
Al estampido horrendo  
Con que el Etna bramante precipita  
De su profundo y abrasado seno  
Cárdenos globos en ardiente nube  
Que hasta los cielos sube,  
Amenazando la terrible muerte,  
Y el misero habitante pavorido  
En medio del fragor estrepitoso,  
Con pecho congojoso  
Huye veloz el mal seguro lecho  
Por preservar la amable dulce vida,  
Tal Iberia engañada  
Gimió á los golpes de traidora espada.  
¡Y triunfarás? ¡Con atrevida mano  
Sobre la fuerte Iberia cargarías  
El torpe yugo que á la Europa inflama?  
¡Ah! derrama, derrama  
Ibera sangre en caudalosos rios:  
Serás vándalo atroz, serás furioso  
Homicida traidor; mas ¡ah! no aguardes  
Con ardid cobardes  
Ligarla, fementido, en tus prisiones.  
¡Cuándo del miedo el rostro pavoroso  
Vió la española gente? En lid abierta  
Logrará franca puerta  
A su gloria inmortal y á tu castigo;  
Así del Atlas el leon rugiente,  
Rompiendo su cadena,  
Destroza al cazador sobre la arena.  
Que no el constante y valeroso Ibero  
A vil esclavitud se rinde torpe,  
Cual los hijos estúpidos del Nilo;  
Ni á tu sangriento filo  
Teme, como el cobarde degradado  
Habitador del Lacio; ni tus armas,  
Cual Esclavon, implorará rendido,  
Librando seducido  
En pérdidas promesas su ventura.  
Y si versátil la fortuna ciega,  
Ayudada de Marte estrepitoso,  
Te ensalzó victorioso  
Sobre Jena y Friedland, teme que sea  
La grande Iberia á tus laureles tumba,  
Y, tu orgullo domado,  
Gimas, tirano, á su valor postrado.  
Y gemirás, traidor.... Que ya el sagrado  
Fuego de la lealtad y patriotismo  
En tu pecho prendió, ya se levanta  
Con vengadora planta  
A lavar su ignominia con tu sangre  
El Ibero ultrajado; el que otro tiempo  
Hizo temblar el alto Capitolio  
Y de Quirino el solio;  
Aquel que en ocho siglos de victorias,  
Las africanas huestes aterrando,  
Rompió animoso la cadena impia  
Que la España oprimia,  
Es el que marcha altivo y denodado  
A rescatar su rey, su honor, su patria.  
Tiembra, tiembra, tirano,  
Que el cetro caiga de tu impura mano.  
Marchad, marchad á la victoria excelsa,  
Hijos del gran Pelayo.... ¡Mas qué lumbre  
Hiere mi vista? Bien como el tonante  
Ministro fulminante  
Vengador de Saturno? ¡Cuál abrasa  
Los pechos españoles! ¡Veis cuál sale  
Del álmo seno de Hispalis la bella,

47

Y su viva centella  
Corre voraz y la traición consume,  
Y quema hasta las huellas del delito?  
¿No advertís cuál reluce amenazando  
A ese pérfido bando,  
Y muestra á los Iberos la ardua senda  
De gloria y libertad? ¿No veis el monstruo  
Cuál sobre el trono impío  
Vacila errante en su pensar sombrío?  
Sí, *tirano*; la insignia del combate  
Que pende ya del hispalense muro  
Tu soberbia confunde. Ya en tus iras  
De la sierpe respiras  
El ponzoñoso aliento; ya sintiendo  
Cuál los laureles tuyos mal habidos  
Se desenlazan de tu impura frente,  
Fu ambición más demente  
En furiosos inútiles se exhala;  
Ellos, empero, de tus sienes huyen,  
Y á ceñir van en triunfo duradero  
Las del valiente Ibero;  
Del intrépido Ibero, que arrostrando  
Las legiones del mundo vencedoras,  
Te intima justa guerra  
Y da salud á la oprimida tierra.  
¿Oyes, oyes cuál truena el estampido  
Del cañon homicida, estremeciendo  
Las bases del fragoso Mariana?  
¿No ves la muerte insana  
Cuál vaga enfurecida en tus falanges?  
Mira, *tirano*, mira ya rendido  
Tu famoso adalid, Dupont el fiero,  
Al valiente guerrero,  
Al invencible, al inmortal *Castaños*;  
Mira cuál te arrebatada de Marengo  
El laurel decantado; cuál glorioso  
Se ensalza victorioso  
Sobre el campo de Andújar. Sí, una muestra  
Sola de su valor y su pericia  
Aterra tus legiones  
Y anuncia libertad á las naciones.  
Felice tú, *Castaños*, y el augusto,  
Sabio *Senado*, que ordenó tus glorias.  
Entonad, españoles, ya dichosos,  
Himnos armoniosos  
De eterna gratitud á los varones,  
A los famosos héroes, que supieron  
Restaurar la patria ya perdida,  
La libertad, la vida.  
Sí; que la madre Iberia en el oscuro  
Cáos de confusión vagaba incierta,  
Cayendo ya al abismo de la nada;  
Y tronó denodada  
Entonces vuestra voz: *España sea*,  
Y España fué. Vivid, vivid felices,  
Y grabad vuestros nombres  
En la memoria eterna de los hombres.

## II.

El triunfo de la constancia española (1).

Ellos son, ellos son. Rasgóse el velo  
Que ocultaba sus pérdidas traiciones.  
¡Sangre, sangre no más! Ved los verdugos  
En horrible matanza encarnizados  
Contra el pueblo indefenso, que clamaba  
Ultrajado su honor, su rey vendido.  
Trocóse la amistad en tiranía,  
Y el hospedaje en negra alevosía.  
¡Libertad, libertad! Númen sagrado,  
Faro de salvación y de venganza!  
*Libertad, libertad*, Mántua pregona.  
En alas de los vientos voladores  
El eco de la gloria conducido,  
Los altos montes libertad repiten;  
Y los ríos corriendo presurosos  
La esparcen por los mares anchurosos.

(1) Fué premiada esta oda por la Sociedad Económica de Amigos del país de Sevilla. (Nota del Censor.)

El fiero monstruo del clamor herido  
Sobre el trono de muerte vacilando,  
Una sima horrorosa ante su planta  
Súbito abrirse vió. ¡Tiemblas, perjuro?  
España sola te provoca á guerra;  
Y vengada de tí con fiera saña,  
Tumba de tu poder será la España.  
Sí, sí, traidor. En pechos españoles  
No se hermanan virtud y tiranía.  
Esas fieras legiones, que inundaron  
De llanto y sangre y de terror la Europa,  
No lucharon jamás con hombres libres.  
Morir, sólo morir. Tu sangre odiosa,  
Mezclada con la nuestra en mar cruento,  
Brotará la salud y el escarmiento.  
Ve como vuela al campo de venganza  
El guerrero español, desnudo el pecho,  
Mas de valor y rabia guarnecido;  
Sin armas, sin caudillos, sin banderas  
Te busca ¡aleve! en desigual combate;  
Como el leon herido á su contrario  
Va furibundo, y con rugido horrendo  
Lo despedaza, el monte estremeciendo.  
Mas ¡qué furor de guerra se levanta?  
¿Cuál truena en derredor!... ¡Retiembla el suelo!  
¿En dónde están?... Vencidos. ¡Los traidores!...  
En un día pagaron su perfidia.  
¡Oh manes de Madrid! ya estais vengados.  
Cubrid, doncellas, de azucena y rosas  
Los caminos, que marchan prepotentes  
Al Capitolio ibero los valientes.  
Ya somos libres. El augusto Bétis  
Alzóse airado, y en su inmenso seno  
Los sumergió. El Turia embravecido  
Levanta la cabeza ensangrentada,  
Y los traidores, de pavor cubiertos,  
Huyen; y el Ebro en rápida corriente,  
Con bramar espantoso, á los salados  
Mares lleva sus cuerpos destrozados.  
¡Llor, gloria sin fin! Mas ¡qué! ¿resisten?  
¿Otro torrente, y otro, de asesinos  
Del fragoso Pirene se desprenden?  
En vano su baldon borrar procuran.  
Si aún resta que vencer, nuevo escarmiento,  
Nuevo lauro será. La misma espada  
Que enlutara sus sienes ominosas,  
Aun brilla en nuestras manos victoriosas.  
Guerra, guerra y horrores. El impío  
En estrago y crueldad su infamia oculta.  
La triste madre mira degollado  
En su regazo al hijo que adoraba;  
El ministro de Dios con ignominia  
Es víctima sangrienta; tierna virgen,  
Vil despojo de insulto abominable,  
Perece sobre el lecho, inconsolable.  
Aquí y allá, y en derredor los pueblos  
Y el sacrosanto penetral, do habita  
El Dios de paz, sacrílegos incendian.  
Una hoguera la patria. Al cielo suben  
Envueltos en las llamas sus delitos.  
El sol veló su faz cuando los techos  
Con horrible fragor se desplomaron,  
Y al infante y la madre sepultaron.  
No es la patria el hogar. La patria vive  
Dentro del pecho. Talen y destruyan.  
Si el mar rompiendo sus eternos grillos  
Sobre la tierra adelantara un paso,  
La fuerza que á los tigres y leones  
Ayunta y rige, y taja las montañas,  
Ni á enfrenarle jamás fuera potente,  
Ni á esclavizar á la española gente.  
Lágrimas de rencor vierte el anciano,  
Porque la espada sostener no puede.  
La triste viuda al huérfano venganza  
Le pide de su padre asesinado.  
Llora el amor. Las teas encendidas  
De Himeneo se apagan; la corona  
Nupcial, trocada en casco refulgente,  
Cifre del joven la gallarda frente.  
¡Cuánta lucha do quier! A la montaña  
Trepá ardiendo el cañon, y centellando

Otro á la par pasea la llanura.  
Cunde el fragor, retumban las esferas;  
Roba el humo la luz, sus rayos tristes  
El sanguinoso acero multiplica;  
Y al hondo mar la sangre caudalosa  
En raudal encendido va espumosa.  
Tendió la muerte sus horribles alas.  
Todo es luto. Se obstinan los valientes,  
Y los traidores; se huyen, y se buscan;  
Se acometen, se hieren, se destrozan.  
Allí Gerona y Zaragoza invictas  
Sepultan vencedores y vencidos.  
Do quier furioso el homicida bando  
Muerte y esclavitud marcha gritando.  
Una esperanza á los valientes resta;  
Salvar gloriosos el honor intacto  
De sus mayores, y morir. ¡Oh! ¡dónde,  
Dónde, Pelayo estás! Vuelve á la vida,  
Inclito autor de la familia hispana;  
Vuelve y empuña su terrible acero,  
Y torne á ver la esclavizada tierra  
Cuán alta excelsa virtud tu tumba encierra.  
¡Oh, vuelve, vuelve! A las riscosas breñas  
Mira otra vez tu pueblo refugiado  
De otra nueva traición más horrorosa.  
Los campos ¡ay! de tu valor testigos,  
Los pueblos que tu brazo rescatara,  
Toda tu herencia... ¡Oh Dios! Mas ¡ah! no temas;  
No temas, no, que manche nuestra historia  
Los fastos inmortales de tu gloria.  
Mira asediado en el hercúleo puerto  
Al pueblo, que dos mundos abarcaba,  
Cuál clama salvación. El eco vuela,  
Y en la Albuera retumba, y va á estrellarse  
Del Tórmes rojeado en la corriente.  
Llevada por el Austro y por el Noto,  
Del mar del hielo hasta la ardiente arena,  
La voz de gloria y salvación resuena.  
Al eco poderoso conmovida  
La triste Europa, en sus robustas manos  
Sintió los hierros, y tembló. La vista  
Giró en torno de sí, y el ara santa  
De independencia en el preciado seno  
Vió de Gádes arder; como la aurora  
Del polo brilla, y á su lumbre pura  
Se precipita al mar la noche oscura.  
La vió, se conoció, y enfurecida  
Quebrantó las cadenas ominosas  
Que su valor indómito ahorraban.  
¡España! ¡España! en repetido acento  
Clamó; y España, desde el cano Volga  
Resonó hasta el Atlante. España invicta,  
Es la señal que lleva á la victoria;  
España es el modelo de la gloria.  
¿A dónde esos feroces confundidos  
Huyen? Tened; aún resta á la venganza.  
No, no es bastante la vertida sangre  
Nuestro honor á lavar. Dadnos, perjuros,  
Dadnos al rey que nos habeis robado;  
¡Oh! dadnosle.... En Vitoria los alevos  
Aterrados sus lauros nos dejaron,  
Y en la fuga sus restos se salvaron.  
Sus, valientes; que mueran, repetían  
Los hijos de Barcino. El brazo armado  
Iba ya á descargar el postrer golpe,  
Y los traidores, de pavor cubiertos,  
Pálidos á Fernando nos presentan;  
Y á Fernando y la patria vencedora  
Celebra el pueblo Ibero alborozado  
De lauro sempiterno coronado.  
¡Oh patria! ¡oh patria! Dame que mi vida  
Espire en tu cantar. Dame que lleve  
Tu fausta gloria á los remotos siglos;  
Que tiemblen á mi acento los tiranos;  
Que te acaten los pueblos belicosos,  
Y eternamente la traición repitan;  
Y vengados admiren tus leones,  
Que dieron libertad á las naciones.

En la primera misa de don Manuel María Barrera y Toledano; en la profesión de su hermana, la monja sor María de la Concepción, de la Santísima Trinidad, celebradas las dos en el convento de Santa María de los Reyes de Sevilla, el 7 de Junio de 1818.

## CANTATA.

Dios lo ordenó, y al punto las cadenas  
Rompió su pueblo amado.  
El piélagos salado  
A su imperio las olas dividiendo,  
Por sus rojas arenas  
Abrió senda á Israel; y con estruendo  
Sobre el pérfido egipcio desplomado,  
Le dejó como piedra sepultado.  
Dios lo ordenó, y el fiel Aaron se eleva  
De entre el pueblo escogido,  
Y se eleva también su hermana santa  
Entre las hijas de Abraham. La virgen  
Con voz alegre canta  
El himno de alabanza y de victoria,  
Al vencedor de Faraon debido;  
Y la mística sangre y el incienso  
Su hermano ofrece en el altar sagrado,  
Do la gloria reside del Inmenso.  
No menos venturosos,  
Redimidos por Dios del mundo insano,  
Una nueva María, un nuevo hermano,  
A un ara más sagrada  
Hoy se llegan gozosos.  
Vedlos, vedlos allí. La inmaculada  
Hostia de paz, de salvación y vida  
El va á ofrecer al Dios de las piedades;  
La hermana enardecida  
Tres holocaustos de su amor le ofrece;  
Y unida con su Dios en nudo santo,  
Así comienza el victorioso canto.  
Cantemos al fuerte,  
Que de Egipto fiero  
Postrando al guerrero,  
Su gloria ostentó.  
Mi Dios es mi fuerza;  
Rompióme los lazos,  
Y en dulces abrazos  
El yugo tornó.  
De tu herencia santa  
Al monte me lleva,  
Do firme se eleva  
La eterna Salem.  
Mansion deliciosa  
Por tí fabricada;  
Perenne morada  
Del gozo y del bien.  
¡Venturosa María! El poderoso,  
Que estremece los orbes con su ceño,  
Es el Dios del amor. Del mundo dueño,  
Por tu inocente corazón suspira.  
Ese pacto sagrado,  
Que te da por esposo  
Un Dios omnipotente y amoroso,  
A sellar va con su divina sangre.  
Mira á tu caro hermano,  
Recien ungido por la excelsa diestra,  
A sus aras subir, y colocado  
Entre vivos y muertos,  
Cual otro Aaron en medio los desiertos,  
Interponer la víctima sagrada  
De reconciliación y de ventura  
Entre Dios y los hombres.  
Víctima que asegura  
La salvación del mundo; que destruye  
El imperio del mal.... Mira cuál vierte  
La sangre del cordero, por fianza  
De tu nueva alianza;  
Y el pecho ardido en sacrosanto fuego,  
Así ofrece tus votos y su ruego:  
Recibe, oh Dios eterno,  
Con semblante propicio  
El grande sacrificio,  
Del mundo redención.  
Recibe, oh Dios, los votos

De tu ferviente esposa,  
Como prenda amorosa  
De su feliz union.

La doblada alianza,  
Que hoy, Señor, has obrado,  
De tu trono sagrado  
Te digna confirmar.  
De oracion el incienso  
Elevará tu esposa;  
Yo la sangre preciosa  
Pondré sobre tu altar.

Mas ¡oh! ¿no veis la llama que descende  
Sobre el ara sagrada? ¿Veis cuál prende  
En la victima santa, y la consume?  
El fuego es, sí, que Dios ha derramado,  
Y por el orbe quiere que se extienda,  
Y en santo amor le encienda.  
Es el fuego de Dios, que con agrado,  
Oh fiel ministro, recibió tu ofrenda,  
Y del hombre culpado  
Por mediador y amparo te ha elegido;  
Del Dios que ha recibido,  
Oh Virgen venturosa,  
Tus votos, y te acepta por esposa;  
El fuego, oh sacerdote,  
Consumidor del crimen, que te manda  
Difundir. A tan alto ministerio  
Te destina; y á tí, Virgen dichosa,  
Conservarle te ha dado,  
Y entonar himnos á su autor sagrado.

## LOS DOS HERMANOS.

Cantemos unidos  
De Dios en loor,  
Y al orbe digamos  
Tan alto favor.

## 1.º

Su poder vencedor alabemos,  
Que del golfo voraz nos libró.

## 2.º

Y su amor inefable ensalcemos,  
Que de suyo tal prenda nos dió.

## 1.º

Yo tus bondades,  
Dios de piedades,  
Anunciaré.

## 2.º

En tu ternura  
Dulce ventura  
Yo gozaré.

## 1.º

Yo tus bondades  
Anunciaré.

## 2.º

Dulce ventura  
Yo gozaré.

## LOS DOS.

Cantemos unidos  
De Dios en loor,  
Y al orbe digamos  
Tan alto favor.

## 1.º

Cantemos unidos,

## 2.º

Y al orbe digamos

## LOS DOS.

Su eterno loor,  
Su eterno loor,

## EL PADRE JERÓNIMO PÉREZ DE LA MORENA,

## DEL CONVENTO DE LOS AGONIZANTES.

Luzan, en su *Poética*, dice:

«A principios de este siglo (xviii), el PADRE MAESTRO PÉREZ DE LOS AGONIZANTES escribía con elegancia y gusto, y es lástima que sus versos no se hayan dado á la estampa.»

A pesar de la autoridad crítica de aquel insigne preceptista, manifestamos, sin rebozo, en nuestra *Historia crítica de la Poesía castellana del siglo xviii* (1), las dudas que nos asaltaban de que hubiese quien escribiera versos con *elegancia y gusto* en aquel periodo de perversa poesía. Deseosos de poner en claro este fenómeno de historia literaria, hicimos investigaciones en varias bibliotecas públicas y particulares de España, y hasta en Roma, donde se hallan los archivos de la órden á que pertenecía el PADRE PÉREZ. Pero todo en balde.

Muy recientemente, y por una casualidad harto inesperada, hemos sabido que existen en una coleccion manuscrita de obras varias, de la Biblioteca Nacional, algunas poesías del PADRE PÉREZ DE LOS AGONIZANTES (2). Estas poesías son veinte sonetos burlescos y unas insignificantes coplas. De estos sonetos habíamos visto algunos (anónimos) en el cúmulo de papeles poéticos que

(1) Véase el tomo I de esta coleccion, página XIII.

(2) Códice M-202.

de Salamanca vinieron á nuestras manos, al formar la presente coleccion, y en las actas de la famosa *Academia del Buen Gusto* (1).

El estilo es, en algunos de los sonetos, más llano y natural de lo que se usaba en aquella época, pero la intencion festiva es tan manoseada y trivial, que no podemos ménos de creer que á poesías de más alto linaje aludia Luzan cuando tanto encarecía el valor de los versos del PADRE MAESTRO PÉREZ DE LOS AGONIZANTES.

Como muestra, publicamos aquí cinco sonetos, los cuatro primeros con las variantes de los manuscritos de Salamanca, en los cuales nos parece el texto más correcto y la versificación más limpia y esmerada.

El único pormenor biográfico que conocemos de este poeta es, que el día 25 de Mayo de 1684 presidió una academia poética celebrada en el convento de los padres clérigos regulares, ministros de los enfermos, vulgo *Agonizantes*. Así consta del libro de esta academia, que aquel mismo año se dió á la estampa en Madrid, en la imprenta de Atanasio Abad.

Los versos del PADRE PÉREZ que contiene este libro no confirman, por cierto, las laudatorias palabras de Luzan.

De varios de los sonetos puede inferirse que el PADRE PÉREZ residió algun tiempo en Roma.

C.

(1) En el cuaderno de los sonetos del PADRE PÉREZ, leídos en la *Academia del Buen Gusto*, hay nueve que no están contenidos en el códice de la Biblioteca Nacional.

## POESÍAS.

## SONETOS BURLESCOS.

## I.

## DEFINICION DEL AMOR.

No es el amor rapaz, ni tiene fuego,  
No es benigno, crüel, dulce, ni amargo,  
No es corto, no es angosto, ancho, ni largo,  
Ni tiene alas, ni carcaj, ni es ciego.  
No es frio ni es calor, verdad ni juego,  
Guerra ni paz, desvelo ni letargo,  
Ni está la voluntad sobre su cargo,  
Como el tenerla él tambien lo niego.  
Verbi gracia: es amor (aquí mi musa)  
Una cosa tan grande y tan tremenda,  
Que á quien más la examina es más confusa.  
Pero aunque es tan difícil, yo la senda  
La he de hallar, aunque tanto se rehusa;  
Es el amor..... el diablo que lo entienda.

## II.

## DELICIAS CAMPESTRES.

Hervia ya la leche en el caldero,  
Y el rabadan el pan desmigajaba,  
Cuando la fresca aurora se asomaba,  
Anunciando otro día al crudo Enero.  
La hermosa Filis, alma del otero,  
Al olor de las sopas madrugaba,  
Y Pascual perezoso bostezaba,  
Abordando la bota lo primero.  
El cabrito, con grata mansedumbre,  
Mientras que al sol ponerse no podía,  
Al calor se acercaba de la lumbre.  
¡Oh dulce cuadro del helado invierno!

## III.

## DURA LEY DEL SONETO.

Dulce calma anunciaban los colores  
Del iris bello al campo, que asustado  
Estuvo en la tormenta de un nublado,  
Temiendo el fin de plantas y de flores.  
Alegres ya los tristes labradores,  
Volvia á tomar el corvo arado;  
Otra vez se escuchaban en el Prado  
Los cantos de los tiernos ruiseñores.  
Salpicada de perlas, parecía  
Que el cielo con estrellas remedaba  
La húmeda hierba que la luz heria.  
Todo vida y solaz y amor brindaba.....  
Mas ¿dónde vas, risueña fantasia?  
¿No ves que es un soneto, y que se acaba?

## IV.

## CADA CUAL EN SU LUGAR.

Murió el más buen zagal que en nuestros sotos  
Guardó los bueyes y tocó la flauta;  
Fué envidia á sus paisanos, y fué pauta  
A los más celebrados y remotos.  
Medidos tuvo á palmas estos cotos,  
Y no hubo nido de avecilla incauta  
De quien no consiguió su mano canta  
Los hijos presos ó los huevos rotos.  
La cartilla en su mente no cabia,  
Y aunque era en todas partes un idiota,  
En los bailes del pueblo se lucia.  
En fin, el cielo como quiere dota;